

Juan Magriña y Julio Pons

Del cuerpo de baile del Liceo, en los tiempos en que el G. T. Conservaba todavía todo su esplendor y prestigio, reclamó la atención, no sólo del público, sino también de Teodoro Wassilieff, el maestro coreógrafo ruso, y de la inolvidable Ana Paulova, que era la danza y el ritmo hechos carne, un bailarín ágil, expresivo, cuidadoso de las actitudes y los movimientos.

Aquel bailarín, que ha depurado su arte, estilizándolo y elevándolo de categoría, se presentó anoche en el cine Urquinaona, y desde los primeros instantes tuvo al éxito por compañero.

Juan Magriñá que es el artista a que venimos refiriéndonos, demostró anoche que no en balde estuvo en largo contacto con los bailarines rusos, y demostró igualmente cuán grande es su intuición rítmica y su talento para traducir plástica y rítmicamente la música.

Acaso no haya llegado aún a la plena madurez, a la completa delineación de la danza; pero sus aptitudes y su inteligencia, muy por encima de lo vulgar, le permiten ya obtener fácilmente el triunfo.

Interpretó anoche variadas páginas de Brahms, Mussorgsky, Strawinsky, Falla, Pons, Blancafort y Labroca, poniendo siempre de manifiesto una alta comprensión musical y una elegante y perfecta técnica.

Por la caracterización y la dinámica, la 'Polca del equilibrista', de Blancafort, constituyó el más definitivo acierto de Magriñá. La 'jota aragonesa', de Pons, debe también ser subrayada.

El público -un público selecto, que llenaba por completo la sala,- aplaudió calurosamente al artista, obligándole a saludar repetidas veces.

De la parte musical de la velada se encargó Julio Pons, pianista sensible y emotivo, que sumó un nuevo éxito a los muchos que tiene conquistados. Tanto al colaborar con Magriñá, como en su labor de solista y como compositor, sus dotes destacaron y fueron debidamente apreciados por el auditorio.

Z.